

Deseo, goce y el reflujo de la culpa

El ser humano, desde que hay registros de su existencia, ha vivido en constante búsqueda de razones que motoricen su vida, que le den una razón para levantarse todos los días y continuar haciendo frente a su cotidianidad. Resulta evidente lo difícil que sería para muchos, e imposible para otros, sentarse a reflexionar o filosofar sobre el fin último de su existencia cada vez que requieran hacer una valoración sobre sus decisiones; en función de ello el individuo desarrolla una serie de mecanismos conscientes e inconscientes que generan un elemento precursor que guía sus acciones, el *deseo*.

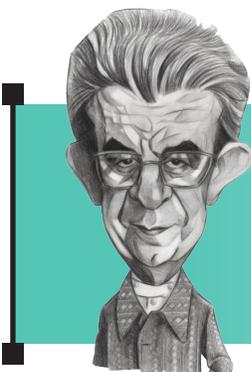
Alrededor del *deseo*, tal cual como es entendido en el psicoanálisis, se generan toda una serie de relaciones en el psiquismo del individuo que lo guían de manera *pulsional*. Pero ¿qué pasa cuando el cumplimiento de ese deseo genera conflicto para el sujeto? El psicoanálisis demuestra que esto es algo más que frecuente, y Freud ya lo había visto así, es por ello que siempre se interesó en el estudio antropológico de diferentes culturas del mundo para la confirmación de sus tesis, podemos citar acá su ensayo cumbre sobre este tema, Tótem y Tabú,

donde aborda el conflicto humano fundamental entre el deseo y la prohibición.

Para todo analista existe siempre un interés particular por buscar el origen de esa relación que genera el individuo en su mente entre el objeto del deseo, el goce y una satisfacción personal real e integral. Al valorar estos elementos de forma particular, y de manera racional todo indica que deberían estar alineados en función de un mismo fin (el bienestar del individuo), sin embargo en la mayoría de los casos no es así, por la complejidad de las relaciones que cada uno establece en su psiquismo con cada uno de ellos.

Hemos de comprobar, tanto en el estudio de casos clínicos del psicoanálisis, como en la literatura universal, que el ser humano históricamente ha estado enfrentado a la tarea de conciliar sus deseos, y las acciones que estos conllevan, con un estado de plenitud, felicidad y realización personal a través de la concreción de estos.

En la obra maestra de la literatura rusa “Crimen y Castigo” de Fiódor Dostoievski, el protagonista enfrenta una serie de conflictos internos al verse atrapado en un dilema



«Propongo que de la única cosa de la que alguien puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo»

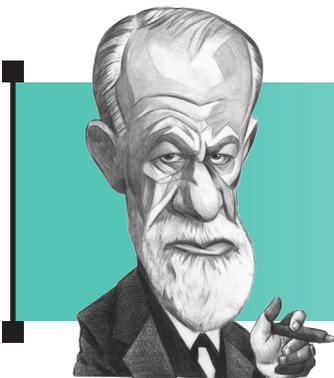
[Jacques Lacan, *La ética del psicoanálisis*, p. 379.]

moral después de concretar uno de sus más profundos deseos. De gran influencia para el psicoanálisis, esta novela relata la historia de un hombre que ante lo que él consideraba una injusticia, empieza a elaborar un plan para reestablecer el equilibrio que debía imperar según su criterio, sin embargo todo se vuelve contra él cuando logra su cometido, asesinar a su casera, quien personificaba el mal bajo su lógica, en la figura de la usura y el desprecio por el otro. En ese momento se desencadena, desde su dimensión moral, todo un entramado de conflictos que él trata de conciliar a través de las relaciones con los demás actores presentes en su historia, pero que solo logra disipar confesando su crimen a las autoridades y de esa manera poniendo fin a la culpa que lo atormentaba, una culpa consciente que únicamente entendió en su real dimensión una vez concretado su deseo.

Pero los efectos del deseo sobre el psiquismo del individuo muchas veces no son tan evidentes y fáciles de manejar, en uno de los casos clínicos paradigmáticos de Freud “El hombre de las ratas”, el paciente se ve atormentado por una culpa que no logra descifrar, y es esta la razón por la cual se convierte en uno de los primeros pacientes que muestra el alcance del psicoanálisis en la búsqueda de la etiología de estos padecimientos. El individuo al escuchar una historia de tortura, en su paso

por la milicia, empieza a generar una serie de relaciones traumáticas a partir de esa escena, que involucraba unas ratas, debido a la gran carga psíquica que esta representa. En este caso de culpa neurótica, todo se complica debido al cuadro de relaciones patológicas que el individuo traía previamente (con su padre y su amada) y que desencadenan un conflicto interno imposible de manejar para él, ya que el relato traumático que este presencia representa la contingencia que le hizo establecer un nexo entre su deseo de librarse de su padre y la tortura con las ratas, a partir de aquí es fácil inferir que la concreción de una acción genera el mismo sentimiento de culpa y reproche que el solo hecho de imaginar llevarla a cabo, premisa fundamental en el estudio de los procesos psíquicos humanos.

Como último caso representativo del alcance que pueden llegar a tener los asuntos inconscientes que no son atendidos de manera eficiente, quiero citar el expuesto por Theodor Reik en su libro “Investigación Psicoanalítica”, acá el autor relata de manera detallada la crisis que se genera en una paciente al ver su deseo concretado. La mujer en cuestión anhelaba con gran fervor mudarse a un apartamento de lujo con todas sus comodidades, asunto que durante años su marido no pudo complacer, sin embargo, por un evento fortuito un amigo de éste decidió irse de manera definitiva del país



«La mayoría de la gente realmente no quiere libertad, porque la libertad involucra responsabilidad y eso les asusta»

(Sigmund Freud, La Civilización y sus Descontentos)

ofreciéndole en venta su apartamento con todas las comodidades que su mujer quería. Al concretar la compra comenzaron a presentarse en el psiquismo de la mujer una serie de sensaciones inexplicables para ella, y que nuestro investigador comienza a describir del siguiente modo “Después de mudarse a la nueva casa, la paciente reaccionó de extraña manera. A un breve intervalo de exaltación y gozo, siguieron muchas semanas en las que se sintió muy triste. En su depresión se quejaba a menudo de que la vida ya no tenía sentido para ella”. Es a partir de aquí que el analista advierte que hay un asunto importante que debe ser canalizado por él, de lo contrario jamás desaparecería la desdicha y el reproche para la paciente. Lo primero que quedó en evidencia fue el origen de su depresión, la cual se derivaba de un intenso sentimiento de culpa al no sentirse digna de tal suntuosidad, a partir de aquí el trabajo del analista se concentró en ese punto, hacerle entender que no había nada de malo en tener la fortuna de disfrutar de tales lujos. Pasados unos días y a la luz de sus progresos, empezó un gran desconcierto al notar que superada la depresión se presentaba otro sentimiento más difícil de manejar, una terrible ansiedad que perturbaba a la paciente de manera incesante. En este caso también fue fundamental la observación de su conducta y la *asociación libre* que la paciente podía hacer sobre sus

pensamientos en la consulta, determinando que sentía un gran temor y aprehensión al ver concretado uno de sus deseos, y sentir a su vez que del mismo modo podrían hacerse realidad otros que no fuesen tan benévolos y que pudieran poner en riesgo la vida de alguien cercano a ella, ya que en momentos de ira podía desear el mal para esas personas, y aquí nuevamente citamos al autor para ver como describe esas reacciones: “Viejos impulsos, agresivos, hostiles y criminales que en años anteriores la habían conducido con frecuencia a fantasías, resurgieron y fueron rechazados. Era como si la realización del deseo de una casa hubiera despertado las demás fantasías y puesto su realización al alcance de la mano. Su ansiedad era la reacción inconsciente ante la posibilidad de que esos secretos deseos pudieran cumplirse”. El analista, dotado de amplios recursos intelectuales, inmediatamente puede hacer un balance y establecer una etiología clara de todos esos asuntos que atormentaban a la paciente, identificando elementos muy variados, pero de una gran carga psíquica de carácter neurótico, mitológico y teológico. Con estos elementos identificados es fácil ayudar a la paciente a despojarse de gran parte de los efectos ruinosos que esas creencias ejercían sobre ella.

Hemos de notar que este último caso es particularmente ilustrativo de los efectos nocivos que implican para un individuo todas las



«El sujeto debe siempre preguntarse qué desea, ya que muchos no saben lo que quieren»

(Carl Jung, Liber Novus, página 249, nota al pie 190)

cargas psíquicas que han sido desplazadas, evitando lidiar de manera consciente con ellas en su momento, pero que regresan para ejercer una fuerza incontrolable para el sujeto cuando se presenta la *contingencia*. Esto lo deja claro Freud al decir que «Las emociones no expresadas nunca mueren. Son enterradas vivas y salen más tarde de peores formas». Del mismo modo Jung establece un claro principio de conflictividad a partir de su arquetipo de *la sombra* cuando afirma que «lo que niegas te somete, lo que aceptas te transforma», aportando así un carácter teleológico al estudio de los padecimientos psíquicos del individuo, al no buscar sólo la desaparición de los síntomas, sino la interpretación de los mismos para darle sentido a la vida del paciente.

Comprobamos entonces que, como ya lo ha planteado el psicoanálisis, el individuo evita de manera deliberada cerrar el ciclo de un goce consiente por así decirlo, o sea una satisfacción integral y plena, por el contrario prevalece el sentido pulsional y autoerótico del goce. De no ser así desaparecería el *objeto del deseo*, y el sujeto sería despojado, de cierto modo, de algún sentido que éste le daba a su vida. En este punto tendría que hacer frente a esto desde otras dimensiones de su ser mucho más complejas, y más cercanas a la filosofía, como el *súper hombre* de Nietzsche o *la ética kantiana*.

Queda claro aquí cómo se funden en la psiquis de las personas los tres elementos propuestos por Lacan como registros que posibilitan conjuntamente el funcionamiento psíquico, *lo imaginario, lo real y lo simbólico*; y se evidencia el carácter imperativo de la ayuda del analista cuando el individuo no consigue un *arreglo* que le permita avanzar sin mayores obstáculos sobre estos asuntos cuando interfieren en sus actividades diarias, ya que pueden escalar alcanzando consecuencias trágicas. A partir de esta complejidad podemos entender a Lacan cuando afirma que “a diferencia de la necesidad, el deseo no puede ser satisfecho”, más debe canalizarse de manera eficiente para evitar efectos ruinosos sobre la vida del paciente.

El mismo Freud, en comunicación con su amigo Wilhelm Fliess, a través de correspondencia que mantenían para informarse de sus avances en la investigación del psicoanálisis, le hace saber algo que resulta concluyente para esta área en específico, afirmando que “...la felicidad sólo se logra mediante el cumplimiento de un deseo de la infancia”, lo cual tiene mucho sentido desde que este no se encuentra revestido de ninguna convención social o interpretación a través de juicios de valores, y sería la expresión más pura que podríamos hallar del *deseo*. A partir de aquí debemos entonces inferir que todo lo demás resultará en una relación neurótica con el goce.

